

unitaria y total del arte por las dificultades técnicas que se ofrecen a la investigación, y que hacen inevitables las limitaciones del especialismo, como método de trabajo. Es posible ya, en cambio, formular una filosofía general de la Historia del Arte que no se atenga—como se ha hecho hasta ahora—exclusivamente a Arquitectura, Escultura y Pintura.

Semejante intento parte de una doble base: La unidad inicial del «homo aestheticus» como forma de vida, y la unidad real de estilos entre todas las artes que se percibe en cualquier momento de la Historia.

Una filosofía de la Historia del Arte formulada con tal amplitud prestaría decisivo apoyo a la filosofía general de la Historia de tipo voluntarista, puesto que en el terreno del arte es donde la voluntad individual encuentra un mínimo de resistencia exterior para sus realizaciones.

No podemos desconocer que el proceso de la historia artística, a pesar de su autonomía—derivada, según hemos visto, del tipo humano básico del artista y de la esencia del hecho artístico—aparece interferido por los otros tres procesos, como a su vez se interfieren éstos entre sí. El acontecer político e institucional impone alteraciones profundas, de tema y contenido, al arte. La evolución del pensamiento científico da origen a una técnica, y merced a esta técnica influye sobre el arte, de manera muy diversa: o enriqueciendo sus medios, como ocurrió en el Renacimiento, o mecanizando sus formas de expresión, como ocurre en nuestro tiempo. Y finalmente, la vivencia religiosa en todas las épocas, tanto sentida a través de una dogmática como de manera personal y autónoma, gravita intensamente sobre el arte. En sus capas más profundas, el «homo aestheticus» se asemeja mucho más al «homo reli-

